

ANGEL L. GALLERO



CELTIBERIA
EN LOS REINOS DE LUG

RUBIÑOS-1860

MADRID

Celtiberia: En los reinos de Lug

de Ángel L. Gallero

Copyright © 2015 Ángel L. Gallero

All Rights Reserved

ISBN: 978-84-8041-154-7

License Notes

This ebook is licensed for your personal enjoyment only. This ebook may not be re-sold or given away to other people. If you would like to share this book with another person, please purchase an additional copy for each recipient. If you're reading this book and did not purchase it, or it was not purchased for your use only, then please return to your favorite ebook retailer and purchase your own copy. Thank you for respecting the hard work of this author.

CAPÍTULO 1

Año 492 a. C.

Iberia – Noroeste de Carpetania.

Durante el estío.

El sol caminaba lentamente hacia el ocaso cuando los tres jovenzuelos se colaron en la fragua aprovechando que Likinos había entrado en la vivienda a llenar de agua su alcarraza.

Encogidos bajo un arrinconado y destartalado carromato repleto de herrumbrosos cacharros y herramientas, con el aliento contenido y los nervios a flor de piel, los tres amigos contemplaban absortos el trabajo del herrero. Le veían ir de un lado a otro, con el rostro encendido, el torso desnudo, sudando a chorros y resoplando como un toro, martilleando incansable sobre el hierro incandescente y levantando continuos torbellinos de chispas y nubes de vapor al sumergir en agua el ardiente metal, hasta convertirlo en una espada, un soliferro, una punta de lanza o de flecha, un regatón, un casco, un hacha, una hoz...

Todo cuanto allí ocurría les tenía fascinados y en sus púberes mentes veían al herrero como la mismísima encarnación del dios de las tormentas, capaz de fundir y doblegar el hierro con su fuerza y modelarlo a su antojo.

Likinos era un muy buen herrero, pero también el hombre con peor genio del poblado, y aquellos muchachos le admiraban tanto como le temían, por eso, sus incursiones en tan hostil territorio eran menos habituales de lo que les gustaría. Pero, de cuando en cuando, echaban mano de todo su valor y se emboscaban en la herrería, cagados de miedo y procurando no mover un solo músculo, porque sabían que si eran descubiertos nada ni nadie podría salvarlos de recibir una paliza y un buen castigo, ambas cosas y por ese orden. A todos les convenía estar a bien con Likinos, la única persona del poblado capaz de fabricar y reparar sus

armas y utensilios de trabajo. Ni el propio jefe del clan osaba interrumpirle cuando estaba en plena faena.

Su actividad en la forja era para él lo más importante y ponía los cinco sentidos en cada golpe, en cada doblez, en cada fundido, en cada engaste. Toda pieza que saliera de sus manos tenía que ser perfecta y cualquier distracción podía dar al traste con su esfuerzo.

Aquella tarde, el herrero estaba especialmente concentrado en su trabajo, su hosca expresión y el ímpetu con que aporreaba el hierro así lo demostraban. Estaba cansado y le dolía la cabeza, pero quería acabar aquella espada antes de que anocheciera, ya que las siguientes jornadas no podría trabajar en la fragua: el padre de su mujer se había caído del tejado de su vivienda mientras lo arreglaba y se temía por su vida, y el poblado donde vivía no estaba cerca, precisamente.

El fuego y el calor, el ruido ensordecedor, el silbante humo, los bufidos del herrero..., todo aquel maremagno tenía a los chicos hechizados y hasta un poco asustados. Y no era para menos, porque el dios presentaba un aspecto feroz, parecía como si estuviera creando la mayor de las tempestades.

Y, de repente, una gran explosión de chispas cubrió toda la fragua, alcanzando el pelo y los hombros de uno de los pequeños fisgones.

Con el martillo aún en suspensión y el sudor casi cegándole los ojos, Likinos giró rápidamente la cabeza hacia el lugar de donde provenía el agudo chillido, llegando a vislumbrar tres pequeños bultos que abandonaban el lugar a todo correr.

Mazo en mano y secándose el sudor de la frente, salió furibundo tras los que huían y, en la misma entrada de la herrería, se tropezó con Liteno, uno de los muchachos del poblado, al que arrolló, cayendo ambos al suelo con gran estrépito.

—¡Ya te tengo, granuja! —le dijo, al tiempo que, con sorprendente agilidad, se levantaba y le agarraba con fuerza por el brazo—. ¿Qué hacíais ahí dentro? ¿Qué habéis cogido?

—¿Dentro? ¿Dónde? —preguntó el chico, aturdido, y al no obtener respuesta y ver el rostro del herrero congestionarse terriblemente, añadió—. Suélteme, yo no he hecho nada.

—¿Así que no has hecho nada, eh? —agregó su captor zarandeándole con brusquedad.

—Le digo la verdad —protestó inútilmente Liteno, cuya mirada no traslucía ni miedo ni dolor—. Acabo de dejar la burra en el corral y ahora...

—Ahora vamos a ver a tu padre —le interrumpió Likinos, mientras le estrujaba aún más el brazo—, a ver si a él te atreves también a mentirle.

Al llegar a su casa, Liteno repitió delante de su padre lo que había tratado de explicarle al herrero: que ni había entrado en la herrería, ni sabía quiénes lo habían hecho, y mucho menos había cogido nada de allí.

El primer guantazo de su padre le hizo ver las estrellas y le lanzó violentamente al suelo. Los que vinieron después los recibió ya encogido sobre sí mismo y tratando de protegerse la cabeza con los brazos. Aquella fue la mayor paliza que le había dado su padre en toda su vida.

—¡Y no vuelvas a meterte en casa de nadie ni a coger nada que no sea tuyo! ¿Entendido?

—Sí padre.

—¡Y mañana limpias la cuadra comunal y das de comer a los animales, a todos los animales! —ordenó su padre furioso, ante la satisfecha mirada del herrero— ¿Te has enterado?

—Sí padre.

Likinos marchó envanecido y triunfante a su casa y Liteno directamente al camastro: dolorido, calentito y sin probar bocado.

A la mañana siguiente, cuando Liteno, cansado y sudoroso, estaba en plena tarea, aparecieron por el establo Aius, su primo Caciro y Atulo, tres chicos del poblado, los cuales, sin decir palabra, se armaron de horcas y rastrillos y se pusieron también a limpiar.

—¿Qué hacéis? —preguntó Liteno extrañado, ya que, a pesar de ser todos más o menos de la misma edad, él no era de su pandilla. Ni de esa ni de ninguna otra.

—¿No lo ves? —repuso Aius sin siquiera mirarle—. Limpiar. No nos gusta que otros carguen con nuestras culpas. Éramos nosotros los que nos colamos en la fragua.

—Eso ya lo sé, os vi salir corriendo de allí como si os persiguiera una piara de jabalíes.

—¿Nos visteis? —preguntó Atulo.

—Claro, a ti sobre todo, que ibas el último.

—Sí —intervino Caciro en tono jocoso—. Atulo está engordando, necesita hacer más ejercicio. Siempre nos pillan por su culpa.

—Y si sabías quiénes éramos, ¿por qué no se lo dijiste a Likinos o a tu padre? —preguntó Aius, un tanto perplejo, mirándole ahora con suma curiosidad—. Te hubieras salvado de la paliza.

—¡Yo no soy un chivato! —sentenció Liteno con solemnidad.

—Pues gracias, aunque, como ves, tu silencio y la zurra que te dieron no han servido de mucho. Al final, los culpables han aparecido. Esta mañana, en cuanto nos enteramos de lo que había pasado, se lo contamos a nuestros padres..., y aquí estamos.

—Pues gracias —repuso Liteno con guasa—, aunque, como tú también puedes ver, vuestra confesión ha llegado un poco tarde y tampoco me ha servido de mucho. Los animales ya han comido y el corral está casi listo.

—Sí, hay que reconocer que, sin tener culpa de nada, has cargado con la peor parte.

A punto estaban de acabar la faena, cuando aparecieron por la cuadra los padres de Liteno y de Aius:

—Likinos dice que echa en falta un viejo mazo —les espetó directamente el padre de Aius—. Vosotros no sabréis nada de él, ¿verdad?

—Padre —repuso Aius—, nosotros nos colamos en la herrería, pero sólo para verle trabajar. No nos llevamos nada. El mazo ese lo habrá perdido, estará en algún rincón...

—Es verdad —intervino Atulo—, aquello está lleno de trastos. A saber dónde lo ha dejado.

—Sí, sí, eso decís vosotros, pero Likinos dice otra cosa. De momento, y mientras aparece el maldito martillo, hemos decidido que os vais a entretener unos días atendiendo a la vacada.

—Eso mismo —añadió, sonriente, el padre de Liteno—. Y como sois cuatro, las vacas serán vuestras durante cuatro jornadas. ¿Qué os parece?

—Que no es justo —intervino Caciro—, Liteno no ha hecho nada.

—Bueno, no importa, entre amigos todo se comparte. ¿Verdad, Liteno?

Los otros chicos miraron a su compañero de fatigas, que se encogió de hombros:

—Entre amigos, sí —fue su respuesta.

Cuando, aguantándose la risa, los dos hombres se marcharon, los muchachos empezaron a rezongar y a lamentarse, y a maldecir a todo bicho viviente, principalmente a los que tenían cuernos y mugían. Encargarse de las vacas era lo que más odiaban: en cuanto cantaba el gallo tenían que levantarse, ir a los prados cargados con las cántaras, reunir a las vacas, ordeñarlas y regresar al poblado con la leche. Y, por la tarde, vuelta a empezar. Todo el día liados. Un verdadero fastidio.

Tres días llevaban ya los cuatro bregando con aquellos aviesos animales y aguantando las continuas burlas y chanzas de todo el mocerío del poblado, cuando Aius, interpre-

tando el sentir general, comunicó solemnemente a sus amigos lo primero que iba a hacer en cuanto cumpliera el castigo:

—¡Voy a cargarme a ese maldito gallo! Necesito dormir, un poquito más, sólo pido eso. ¿No os habéis dado cuenta?, cada mañana canta más temprano.

—Pues, ¿a qué esperamos? Vamos a por él —intervino el animoso Caciro, simulando ostensiblemente con sus manos retorcerle el cuello al plumífero.

—Ahora, no, animal. Sabrían que habíamos sido nosotros y tendríamos vacas hasta que nos saliera la barba —le advirtió su primo—. Le dejaremos vivir un poco más, pero yo a ese bicho me lo cargo.

—Bueno, sólo nos queda un día más, después dormiremos hasta que nos duela el culo —añadió Atulo, condescendiente.

—Vale, pero en cuanto despertemos, nos lo cargamos —insistió Caciro con gesto teatralmente perverso.

Y despuntó un nuevo día, pero en este, contrariamente a lo que había ocurrido en las tres jornadas anteriores, los cuatro pequeños vaqueros no fueron los primeros en despertar.

Esa mañana, cuando el poblado amaneció, el sol estaba más alto de lo habitual; las vejigas de la gente, un poco más llenas; sus estómagos, más vacíos, y el centinela encargado de la última guardia, muy enfadado. Todo en el poblado se iniciaba con retraso.

—¿Qué le habrá pasado al gallo? ¿Se habrá muerto? —se preguntaban todos.

Pero no, tras una ardua búsqueda, el gallo, finalmente, apareció, y estaba vivo, eso sí, muy callado y quietecito debajo de una tupida cesta de mimbre arrinconada en lo más oscuro del corral.

Nadie supo con certeza cómo el animal había llegado hasta allí, si de forma casual o ayudado por alguien. Los únicos que lo sabían eran los cuatro amigos que, contentos

por la jugarreta y por haber podido dormir un poco más esa mañana, se encaminaban ya, y por último día, a ordeñar a sus compañeras de fatigas.

—¡Liteno, has sido muy astuto!

—¡Bah!, no ha sido para tanto. Sólo hay que fijarse un poco para saber que, para cantar, el gallo siempre se levanta y estira el cuello. ¿No os habéis fijado? Lo hace siempre. Pero si, accidentalmente, queda aprisionado debajo de algo y no puede salir...

—Pues seguimos durmiendo —concluyó Aius retorciéndose de risa.

Así fue como Liteno se incorporó a aquella pandilla de osados granujas, que ganaron un compañero leal y valiente, cuya agudeza y malicia les sacaría en adelante de muchas dificultades.

La del gallo fue únicamente la primera que solventó.

CAPÍTULO 2

12 años después.

Año 480 a. C.

Primeros de octubre.

A media jornada a caballo del poblado carpetano, hacia el noroeste.

El sereno atardecer trajo de nuevo a la abierta hondonada el eco inconfundible del entrechocar de las astas de los ciervos. La agradable brisa que mecía suavemente las hojas de las frondosas encinas que ensombrecían la cresta de la colina, arrastraba también el retumbo de los discontinuos y estridentes berridos de los grandes venados que, al otro lado, se disputaban el derecho a dar vida a una nueva estirpe de príncipes del bosque.

Sólo era cuestión de tiempo que algún pretendiente vencido o, quizá, algún rey destronado acudiese al arroyo que corría por en medio del estirado valle a abrevar y a resañar resignadamente sus heridas.

El viejo encinar rebosaba de maduras y nutritivas bellotas que durante septiembre habían engordado en las ramas de los árboles y ahora, cual maná caído del cielo, se hallaban por doquier, a disposición de todos los moradores del bosque, ávidos por llenar sus panzas y proveerlas de una buena capa de grasa de cara al próximo invierno.

Y de pronto apareció, en lo alto de la colina, apenas visible entre las umbrosas encinas, moviéndose con cautela, esbelto y altivo, el cuello hinchado, tenso el hocico, virando sin parar las orejas y con sus grandes y negrísimos ojos yendo de un lado al otro, observando nervioso el soto que se extendía en suave pendiente ante él.

Aún permaneció allí durante un buen rato, al amparo de la arboleda, entre luces y sombras, mostrando su hermosa cuerna, alzando sus fosas nasales para olisquear el aire y golpeando en ocasiones el áspero suelo con sus patas de-

lanteras, receloso, dudando si abandonar la seguridad del encinar.

Finalmente, el suave e incesante murmullo de las frescas aguas que fluían al fondo de la hondonada superó su natural timidez y trotó, elegante, ladera abajo, por el anchuroso sendero que moría en una pequeña ensenada donde la corriente del arroyo se remansaba brevemente.

El sol pintaba el horizonte de tonos ambarinos, mientras sus oblicuos rayos, que ya apenas calentaban, alargaban las sombras y levantaban dorados reflejos al incidir en las límpidas aguas.

En la orilla del arroyo, tras volver a pasear su inquieta mirada por el paisaje, el animal, envuelta su hermosa testuz en una nube de mosquitos, separó ligeramente sus patas delanteras, agachó la cabeza y, con los músculos tensos, listos para escapar a la menor señal de peligro, empezó a beber.

En ese momento, muy sigilosamente, como seres irrealmente emergidos de las mismísimas entrañas de la roca, dos guerreros, con los arcos ya completamente tensados, asomaron cada uno por un lado de un alto y redondeado peñasco situado al otro lado del riachuelo, sobre un escarpado repecho. Al instante, el ciervo alzó la frente y clavó sus ojos en el pedregal, en buena parte oculto por el bosque, con las orejas enfiladas hacia delante. Los cazadores quedaron inmóviles, aguantando la respiración, con el suave viento en la cara, mimetizados entre la maleza. El venado permaneció unos momentos mirándolos sin verlos, luego meneó el rabo, agitó las orejas y tornó a amorrarse en el agua.

Los arqueros encararon cuidadosamente al animal y, casi al unísono, en el mismo momento en el que, de manera inesperada, el nervioso caballo de Caciro rezongó y una espantada corneja levantaba el vuelo graznando, dejaron ir sus flechas.

El repentino alboroto estalló como un trueno en la quietud del monte, sobresaltando a los cazadores y ahuyentando al venado que, veloz, tensó sus poderosos músculos y giró hacia su izquierda, escapando pendiente arriba hacia el cercano encinar, con un dardo firmemente clavado en su negra panza y acosado ya por cuatro jinetes surgidos de entre las peñas.

El aterrorizado animal no tardó en alcanzar la cresta de la colina y en internarse en la claroscuro arboleda, perdiéndose por unos momentos de la vista de sus perseguidores, que poco después, sin titubear, penetraban en tromba en el bosque, con los cuerpos volcados sobre los pescuezos de sus caballos, tratando de evitar el golpeo de las ramas, y levantando a su paso un raudal de tierra, hierba y polvo.

No había que dudar, no había que demostrar temor ni cautela, los dioses del bosque no entregarían su pieza si no a aquel que por su valor la mereciera.

—No vamos a poder alcanzarlo —gritó uno de los jinetes, mientras guiaba con destreza, a través de la floresta, a su montura, una veterana yegua de color ceniza—. Va herido, pero se nos va a escapar.

—¿Quién lo dice? —aulló el guerrero que comandaba la cacería, sin perder de vista las astas del animal, que intermitentemente aparecían y desaparecían entre las enormes encinas, unas decenas de pasos por delante—. ¡Vamos!

De sobra sabía él el escaso mérito que tenía abatir a un animal desde la distancia, con flechas o lanzas; bastaba con tener buen pulso y puntería, nada más, y de eso todos los de la partida andaban sobrados. ¡Hasta un niño podía hacerlo! No, nadie evocaba esos lances en las reuniones del poblado.

Un buen cazador, y era esa una de las primeras enseñanzas que todos los jóvenes aspirantes a guerrero recibían, demostraba su valía enfrentándose al animal en su terreno, en su bosque, sin ventaja, vida contra vida, al igual que en la guerra, donde el acto supremo, el que glorifica al guerre-

ro, es el combate singular, la lucha a muerte entre dos elegidos.

Era ahora, lanzados al galope por entre aquella vertiginosa maraña de troncos y ramas, de tierra y maleza, de luces y sombras, cuando empezaba la verdadera caza.

Habían penetrado ya un buen trecho en el encinar, cuando el caballo que avanzaba tras el jefe de la partida, ligeramente a su izquierda, tropezó, dobló las manos y cayó sobre el áspero suelo, arrojando a su jinete contra el tronco de una carrasca, a cuyos pies quedó tendido de bruces, con la cintura medio girada y las piernas encogidas. En la parte baja del pequeño árbol, allí donde había golpeado la cabeza del cazador, se apreciaba claramente una pequeña y brillante mancha espesa, de un rojo intenso.

La caída y la visión del cuerpo inerte de su amigo en tan anómala postura, anuló de golpe todo el ímpetu de la carrera de los dos jinetes que cabalgaban tras él, los cuales frenaron bruscamente sus monturas para auxiliarle, mientras el cabecilla continuaba bosque arriba la persecución, totalmente ajeno a lo sucedido.

Rápidamente, sin esperar siquiera a que su caballo se detuviera, un espigado guerrero de vivaces ojos claros, que llevaba su larga cabellera rubia recogida en sendas trenzas, saltó a tierra y corrió hacia el caído. Se agachó a su lado y le volteó cuidadosamente, poniéndole boca arriba. De entre su oscura y enmarañada pelambre un hilo de sangre fluía sobre su frente.

A continuación, le despojó del arco que aún llevaba cruzado a la espalda y, sin incorporarse, se giró hacia el jinete que permanecía expectante a pocos pasos de distancia.

—Está inconsciente. Tiene una buena brecha en la cabeza. Un mal golpe —añadió, al tiempo que cabeceaba apesadumbrado—. Avisa a Aius.

El interpelado, tras apartar sus ojos del herido, se estiró sobre su cabalgadura y dirigió la mirada hacia el profundo encinar, en la dirección tomada por animal y cazador en su

porfía. Ya no había ni rastro de ellos. Entonces, echó mano a un largo cuerno de color marrón que colgaba de su costado, suspendido de una trailla que le cruzada el pecho.

ooOOoo

El ciervo no cedía en su huida y la penumbra empezaba a adueñarse del lugar. Unos cientos de pasos más adelante, el bosque se intrincaba tornándose en un terreno cada vez más abrupto, lleno de asperezas y secas torrenteras, que complicaba, y mucho, la persecución.

Aius iba tan concentrado en la brega que tardó en percatarse de que sólo él continuaba la cacería. Algo no iba bien, era impensable que sus compañeros hubieran desistido sin un buen motivo.

Tales cavilaciones le habían hecho aminorar su temeraria galopada y estaba a punto de abandonar el acoso cuando el inconfundible sonido del cuerno de llamadas llegó a sus oídos.

—Parece que los dioses no están hoy de nuestra parte —gruñó, fastidiado.

Con una mueca de rabia, tiró bruscamente de las riendas de su blanco alazán de negras crines, haciéndolo frenar en seco y relinchar y bufar de dolor al clavársele el bocado en los belfos, ante la indiferencia del jinete que mantenía la mirada fija al frente, observando cómo las astas del venado desaparecían finalmente entre la espesura.

—Va herido... —murmuró, pensativo—. Quizá mañana...

Sin más, volvió grupas y emprendió el regreso, no sin antes marcar el lugar donde había interrumpido la cacería, atando a una rama el jirón de tela, parda ya del uso, que sujetaba alrededor de la frente su negra y rebelde cabellera.

Llegado al lugar del percance, sin desmontar, se acercó lentamente a los dos guerreros que se hallaban acuclillados al lado de su amigo caído y detuvo su montura a unos tres pasos de ellos. Antes de que preguntara, el guerrero de las

trenzas se incorporó y se acercó para informarle de lo acaecido.

—... Le hemos limpiado y taponado la herida —indicó al final de su breve exposición—, pero no vuelve. Está como muerto. No me gusta.

El jinete, con la mirada fija en el herido, asintió con la cabeza. No, Liteno no tenía buen aspecto.

—Hay que trasladarlo al campamento —decidió, pesaroso—. Yo lo llevaré, ponadlo aquí, sobre mis piernas. Con cuidado —añadió, mientras los dos guerreros lo acomodaban boca abajo, como un fardo, encima de sus muslos.

Sin más palabras, la comitiva, en fila de a uno y al lento paso de sus cabalgaduras, para evitar causar más daño al descalabrado, se puso en marcha hacia el sitio donde habían acampado, situado al otro lado del arroyo, tras la pequeña loma desde la que habían acechado al ciervo.

“¡Cómo se han complicado las cosas!”, iba pensando Aius, que cabalgaba en segundo lugar. Parecía todo tan sencillo: el acechadero perfecto, la pieza a tiro, buena posición y visibilidad, diestros arqueros..., y, en un momento...

Como adivinando sus pensamientos, el jinete que cerraba la formación, el de más edad de la partida, de unos veinticinco años, menos fornido que los otros y algo entrado en carnes, que lucía su cabeza y su rostro completamente rasurados y que montaba la yegua cenicienta, a cuya cola iba atado el caballo del herido, se dirigió a él:

—¡Vaya día que llevamos! —exclamó—. Todo nos ha salido mal, ni un miserable conejo hemos cobrado. Y para acabar de rematarlo, Liteno se pega el trastazo —hizo una breve pausa y, ante la falta de respuesta, sentenció—. Aius, hoy los dioses no nos favorecen.

—Bodo, tú siempre igual —repuso el interpelado sin volverse, en tono agriado—. La caza es así, ya lo sabes. A veces las cosas se tuercen y al final todo acaba saliendo bien, y hasta cobramos la pieza. ¿O no?

El guerrero rapado esbozó una cínica sonrisa.